

famosas cualidades, pobres pecadores que observan escrupulosamente el ayuno siempre que no tienen que comer (1): las nobles damas vestidas de oro y de seda (2),

cenuras se leen en el *Rimado de Palacio*, y en el *Dezyr* (atribuido á Fernán Martínez de Medina) *sobre los pleytos y la gran vanidad del mundo*, inserto en el *Cancionero de Baena*. La corrupción jurídica venía de lejos: recuérdese en el siglo IX la *Paroenesis ad iudices* de Teodulfo.

(1) Tal es el chistoso retrato que el Archipreste hace de su criado Don Furón:

Pues que ya non tenía mensagera fiel,  
Tomé por mandadero un rapás trainel:  
Hurón había por nombre, apostado doncel.  
.....  
Era mintroso, bebdo, ladron, é mesturero,  
Tafur, peleador, goloso, refertero,  
Rennidor et adevino, susio et agorero,  
Nescio, perezoso: tal es mi escudero.  
Dos días en la setmana grand ayunador,  
Quando non tenía que comer, ayunaba el pecador,  
Siempre aquestos dos días ayunaba mi andador:  
Quando non podía ál faser, ayunaba con dolor.

(Cops. 1.598-95.)

El tal *Don Furon*, además de llevar los recados de amor del Archipreste, como antes Ferrand García (*“el que comió la vianda y á mi fizo rumiar.”*) y luego Trotaconventos, tenía algo de juglar, puesto que iba cantando los versos del Archipreste por el mercado.

(2) Era duenna en todo, e de duennas sennora:  
Non podía estar solo con ella una hora:  
Mucho de omen se guardan allí do ella mora,  
Mas mucho que non guardan los judíos la tora.  
Sabe toda nobleza de oro é de seda:  
Complida de muchos bienes anda mansa é leda:  
Es de buenas costumbres, sosegado é queda:  
Non se podría vencer por pintada moneda.

(Cops. 68-70.)

No pesará á los lectores conocer el ideal de belleza femenina que prefería el Archipreste:

Cata muger fermosa, donosa et lozana,  
Que non sea mucho luenga, otrosi nin enana;  
Si podieres, non quieras amar muger villana,  
Que de amor non sabe, es como bausana;

las deliciosas monjas de *palabrillas pintadas*, y su inseparable amiga *Trotaconventos* (1): las judías y moriscas para quienes el Archipreste compone canciones y dan-

Busca muger de talla, de cabeza pequenna,  
Cabellos amarillos, non sean de albenna,  
Las cejas apartadas, luengas, altas en penna,  
Ancheta de caderas: este es talle de duenna.  
Ojos grandes, fermosos, pintados, reluscientes,  
Et de luengas pestannas bien claras é reyentes,  
Las orejas pequennas, delgadas, para al mientes,  
Si ha el cuello alto, atal quieren las gentes.  
La narís afilada, los dientes menudillos,  
Egvals é bien blancos, un poco apretadillos,  
Las ensivas bermejas, los dientes agudillos,  
Los labios de la boca vermejos, angostillos.  
La su toca pequenna así de buena guisa,  
La su fas sea blanca, sin pelos, clara é lisa:  
Punna de haber muger que la veas de prisa,  
Que la talla del cuerpo te dirá esto á guisa.

(Cops. 121-25.)

(1) En el Archipreste aparece por primera vez el tipo del *devoto de monjas* tan llevado y traído por Quevedo, Góngora y otros escritores satíricos del siglo XVII, que solían comparar con Tántalo al “misero galán que á monja quiere, y no se hartaban de flagelar en prosa y en verso al enjambre de necios sacriligos

Que pudiendo ir á caballo  
A pie se van al infierno.

En tales amorios debía de entrar por mucho la golosina de los dulces y lectuarios, según se explica Trotaconventos, haciendo una enumeración por el gusto de las de Rabelais, llena de nombres exóticos y rimbombantes:

Tienen á sus amigos viciosos sin sosannos:  
¿Quién dirie los manjares, los presentes tamannos,  
Los muchos letuarios nobles é tan extrannos?  
.....  
Muchos de letuarios les dan muchas de veses,  
Diacitrón, codonate, letuario de nuseses,  
Otros de más quantía de zanahorias raheses.  
.....  
Cominada, alexandria, con el buen diagargante,  
El diacitron abatís con el fino gengibrante,  
Miel rosado, diaciminio diasantroso vá delante  
E la roseta novela que debiera desir ante.  
Adragea e alfenique con el estomaton  
E la garrioflota con diamargariton

zas: las villanas de la sierra de Guadarrama, de anchas caderas y robustos hombros: todo esto revive para nosotros en los picantes croquis del vetusto poeta».

Trasandalix muy fino con diasanturion,  
Que es para donear preciado é noble don.  
Sabad, que todo azúcar allí anda volando,  
Polvo, terron e candi, e mucho del rosado,  
Azúcar de confites, é azúcar violado,  
Et de muchas otras guisas, que yo he olvidado.  
Mompeller, Alexandria, la nombrada Valencia,  
Non tienen de letuarios tantos, nin tanta especia:  
.....  
E aun vos diré más de quanto aprendí:  
Dó han vino de Toro, non envían baladí:  
Desde que me partí dellas, todo este vicio perdí:  
Quien á monjas non ama, non vale un maravedí.  
Sin todas estas noblesas han muy buenas maneras:  
Son mucho encobiertas, donosas, plasenteras:  
Más saben é más valen sus mozas cosíneras  
Para el amor todo que duennas de fueras.  
Como imágenes pintadas de toda fermosura,  
Fijasdalgo muy largas, é nobles de natura,  
Grandes demandaderas, amor siempre les dura  
Con medidas complidas e con toda mesura.  
Todo plaser del mundo é todo buen donear,  
Solás de mucho saber et el falaguero jugar  
Todo es en las monjas más que en otro lugar.  
.....

(Cops. 1.307-1.316)

Es cosa muy extraña que Sánchez dejase sin expurgar todo esto, cuando quitó cosas mucho menos graves. Verdad es que el Archipreste se esfuerza en representar como enteramente platonicas y desligadas de todo afecto carnal sus relaciones con Doña Garoza que viene á ser como la Beatriz ó la Laura de su poema, aunque tanto platonismo no deja de impacientar al autor, que no se manifiesta muy amigo de la vocación monástica:

En el nombre de Dios fui á misa de manana:  
Vi estar á la monja en oración lozana,  
Alto cuello de garza, color fresco de grana:  
Desaguisado fiso quien le mandó vestir lana.  
Valme Santa Maria, mis manos aprieto.  
¡Quién dió á blanca rosa hábito, velo prieto?  
Más valdrie á la hermosa tener fijos é nieto  
Que atal velo prieto nin que hábitos ciento.  
Pero que sea errama contra nuestro Sennor,  
El pecado de monja á omne donneador,  
¡Ai Dios é yo lo fuese aqueste pecador,  
Que feciesse penitencia deste fecho error!

Voz unánime de la crítica española y extranjera es la que coloca al Archipreste de Hita en el coro de los grandes poetas de la Edad Media, y aun de los verdaderos poetas de todos tiempos y naciones. El mismo Sánchez, que tan impiamente mutiló su texto, pero que no por eso dejaba de ser hombre de buen gusto y de penetrante intuición crítica, comprendió toda la importancia del tesoro que publicaba, y cuánto difería el Archipreste de un Berceo, por ejemplo, ó de cualquier otro poeta de los de *mester de clerecía*. Escribió, pues, estas palabras, muy para tenidas en cuenta viniendo de un crítico del siglo XVIII: «El Archipreste fijó nueva y venturosa época á la poesía castellana, así por la hermosa variedad de metros en que ejercitó su ameno y festivo ingenio, como por la invención, por el estilo, por la sátira, por la ironía, por la agudeza, por las sales, por las sentencias, por los refranes de que abunda, por la *moralidad* (sic) y por todo. De suerte que, hablando con todo rigor, podemos casi llamarle el primer poeta castellano conocido, y el unico de la antigüedad que puede competir en su género con los mejores de la Europa, y acaso no inferior á los mejores de los latinos. Las pinturas poéticas que brillan en sus composiciones muestran bien el ingenio y la valentía del poeta. Véase la que hace de la tienda de campaña de D. Amor,

Oteóme de unos ojos que parecían candelas:  
Yo sospiré por ellos, dis mi corazón: hela:  
Fuíme para la duenna, fablóme é fabléla,  
Enamoróme la monja, é yo enamoróla.  
Rescibíome la duenna por su buen servidor:  
Siempre él fui mandado é leal amador:  
Mucho de bien me fiso con Dios en limpio amor:  
En quanto élla fué viva, Dios fué mi guíador.  
Con mucha oración á Dios por mi rogaba,  
Con la su abstinencia mucho me ayudaba,  
La su vida muy limpia en Dios se deleytaba,  
En locura del mundo nunca se trabajaba.  
Para tales amores son las religiosas,  
Para rogar á Dios con obras piadosas,  
Que para amor del mundo mucho son peligrosas.  
.....

(Cops. 1.475-1.479.)

que en sublimidad y gracia puede competir con la que hizo Ovidio del palacio y carro del Sol, que sin duda tuvo presente para imitarla é igualarla».

Aun críticos de tanta rigidez clásica como Quintana y Martínez de la Rosa hicieron justicia á la poesía de algunos detalles, aunque no llegasen á apreciar la riqueza del conjunto, ni quizá tuviesen paciencia para leer íntegro el poema. Merced á sus citas y recomendaciones, han entrado en la erudición vulgar, y son repetidos con frecuencia por los hombres de gusto algunos rasgos como la sátira del dinero, el elogio de las mujeres chicas, ó la graciosa cantiga

Cerca la Tablada  
La sierra pasada...

Pero los juicios más entusiastas, así como los más profundos y luminosos, han venido de Alemania. Clarus y Wolf sobre todo, nos han enseñado á sentir y entender al Archipreste, tenido hasta entonces en España por un poeta oscuro y semibárbaro, en quien se reconocía un talento superior á su época, y algunos rasgos felices perdidos en un fárrago de extravagancias. Los más benévolos se limitaban á decir, como el ya citado Martínez de la Rosa: «¡Qué lástima que un hombre de tanto ingenio naciese en un siglo tan rudo!» Crítica de lo más superficial que puede darse, puesto que, prescindiendo de que eso de la rudeza es cosa muy relativa, bien puede decirse que fué gran fortuna para el Archipreste de Hita haber nacido en el siglo XIV, no sólo porque en la lucha con un material imperfecto, y si se quiere tosco, hubieron de brillar más sus condiciones nativas, sino porque á costa de algunos versos duros y mal sonantes para nuestros oídos, pudo disfrutar á su talante de una materia poética abundantísima, como sólo en aquel siglo de transición, abigarrado, contradictorio, y pintoresco, podía encontrarse, y como ya es imposible encontrarla en las edades cultas.

De tal modo vivió identificado con su época, que cuesta trabajo imaginársele en un medio distinto.

El juicio de Clarus (pseudónimo de Guillermo Volk) tiene tanta más importancia, cuanto que en su condición de fervoroso católico, de romántico y aun de místico, parece que debía haber mirado con prevención el arte realista, y á trechos desvergonzado é irreverente del Archipreste, y su notoria tendencia á tomar en broma las más puras idealidades. Hace, en efecto, sus reservas en este punto, pero termina diciendo que «la fantasía ingeniosa, la viveza de los pensamientos, la exactitud con que pinta las costumbres y los caracteres, la encantadora movilidad de su ingenio, el interés que acierta á comunicar al desarrollo de su obra, la verdad del colorido, la gracia con que cuenta los apólogos, y sobre todo la *incomparable y profunda ironía* que ni á sí mismo perdona, le elevan no solamente sobre otros poetas españoles que le siguieron, sino sobre la mayor parte de los poetas de la Edad Media en toda Europa».

Todavía va más lejos Wolf, que empieza estableciendo un paralelo en forma entre el Archipreste y Cervantes, partiendo del dato de que ambos libros se escribieron en una cárcel; y termina ponderando la imaginación poderosa del Archipreste, su fidelidad en la pintura de caracteres y costumbres, hecha siempre sobre el modelo vivo, la viveza de sus descripciones, que llegan á producir á veces efectos dramáticos, y sobre todo la profunda ironía del humorismo español, que allí por primera vez se manifiesta. «Si tenemos en cuenta (añade) el tiempo y la civilización en que floreció, y prescindimos de lo abrupto del lenguaje y de algunas excrescencias místicas y ascéticas que rompen la armonía del conjunto, no podremos menos de estimar al Archipreste, no sólo como un ingenio superior á su siglo y á los españoles contemporáneos suyos, sino también como uno de los más notables poetas de la Edad Media».

Aun la misma crítica francesa, menos benévola en general con nuestras cosas, no ha escatimado sus alabanzas al Archipreste, ora reconociendo con Puibusque, que aunque cronológicamente no sea Juan Ruiz el más antiguo de los poetas españoles, es el primero que hizo obra de poeta en invención, acción y color: ora poniéndole, como hace Viardot, en la categoría de aquellos genios poderosos que sacan de sí propios toda su fuerza, y son grandes aisladamente y por sí mismos, sin deber nada á las circunstancias: ora estudiándole minuciosamente, como Puymaigre lo ha hecho en uno de los mejores capítulos de su interesante y ameno libro sobre *Les vieux Auteurs castillans*. A todos estos testimonios de admiración responde entre nosotros el sólido y macizo análisis de Amador de los Ríos, á quien sólo puede tacharse por haber involucrado en la apología literaria del Archipreste su apología moral, que tras de ser algo sofística, nada importa para la apreciación de su talento poético.

Se observará que todos estos juicios convienen en señalar como características del Archipreste ciertas condiciones técnicas, en cuya enumeración no insistiremos mucho, porque han sido bien estudiadas antes de ahora, y porque en los muchos fragmentos que hemos transcrito campean gallardamente y no pueden ocultarse aun á los ojos menos expertos. Es la primera el intenso poder de visión de las realidades materiales: en el Archipreste todo habla á los ojos: todo se traduce en sensaciones: su lengua, tan remota ya de la nuestra, posee, sin embargo, la virtud mágica de hacernos espectadores de todas las escenas que describe. Bastaría la descripción de las labores de los doce meses del año para comprender hasta qué punto logra Juan Ruiz un género de *evidencia* concreta que parece reservado á la poesía primitiva, y que no es irreverencia calificar de *homérico*.

Es la segunda de sus dotes una especie de ironía superior y transcendental, que es como el elemento sub-

jetivo del poema, y que, unido al elemento objetivo de la representación, da al total de la obra el sello especialísimo, el carácter, general á un tiempo y personal, que la distingue entre todas las producciones de la Edad Media. Por lo mismo que el fondo de esa ironía no le conocemos del todo; por lo mismo que siempre queda en ella algo de misterioso que se presta á contrarias interpretaciones, el efecto poético es mayor, como sucede siempre en los grandes humoristas. La obra del Archipreste refleja la vida entera, aunque bajo sus aspectos menos serios y nobles; pero en medio de la nimia fidelidad del detalle, que en cada página hace recordar las bambochadas y los bodegones flamencos, pasa un viento de poesía entre risueña y acre, que lo transforma todo y le da un valor estético superior al del mero realismo, haciéndonos entrever una categoría superior, cual es el mundo de lo cómico fantástico. En este género de representaciones brilla principalmente el Archipreste, y es lírico á su modo, con opulencia y pompa de color, con arranque triunfal y petulante vena, sin dejar de ser fidelísimo intérprete y notador de la realidad.

Es la tercera y muy visible dote la abundancia despilfarrada y algo viciosa de su estilo, formado principalmente á imitación del de Ovidio, de cuyas buenas y malas condiciones participa en alto grado, puesto que la riqueza degenera en prodigalidad, y la idea se anega en un mar de palabras, á lo cual se presta no poco la estructura del tetrástrofo de clerecía, gran cómplice y encubridor de repeticiones y ripios. El Archipreste, cuando quiere, logra hasta la sobriedad clásica: cuatro versos le bastan para contar admirablemente su encuentro y amores con Doña Garoza; pero en general es un poeta fácil y abandonado, que amontona sin tregua las imágenes y las comparaciones, generalmente vivas y animadas, y no se harta de decir una misma cosa de cuatro ó cinco maneras diferentes. La exuberancia, que es su mérito, es también su defec-

to; pero bien se le puede perdonar, siquiera por lo mucho que ensanchó los límites de la lengua, y por la rara felicidad de expresión con que acuñó muchos versos, ya pintorescos, ya sentenciosos y dignos de quedar como proverbios en boca de las gentes.

Fué además el primero que comprendió el valor del elemento *paremiológico*, como lazo de unión entre la lengua y poesía del vulgo y la lengua y poesía del artifice reflexivo y culto; como fondo primero y misterioso de la filosofía vulgar y del sentido tradicional de la vida. Muy al revés han entendido á tal poeta los que le tienen por medio francés, aun en la lengua. El Archipreste sabía francés, pero no tiene más galicismos que cualquier otro escritor de su siglo: tiene positivamente menos que el Canciller Ayala y que los poetas del Cancionero de Baena: prescindiendo de que muchos de esos supuestos galicismos son en rigor formas que en algún tiempo fueron comunes á todas las lenguas romances, y que una de ellas ha conservado y las restantes han perdido. Por el contrario, resulta española y castiza la lengua del Archipreste, merced sobre todo al gran número de refranes, ó como entonces se decía, *fabliellas*, *patrañas* y *retraheres* (1), que

- (1) Por esto dise la *patranna* de la vieja ardida:  
Non ha mala palabra, si non es á mal tenida.

(Cop. 54.)

Por amor desta duenna fis trovas é cantares,  
Sembré avena loca ribera de Enares:  
Verdat es lo que disen los antiguos *retraeres*:  
Quien en el arenal siembra non trilla pegujares.

(Cop. 160.)

Bien sé que dis verdat vuestro *proverbio chico*,  
Que el romero fito que siempre saca satico.

(Cop. 843.)

Catad non emperesedes, acordadvos de la *fablilla*:  
Quando te den la cablilla, acorre con la soguilla.

(Cop. 844.)

hábilmente intercala, y que cuadran tan bién al especial tono de su ironía castellana, á cierta gravedad, llaneza y buen sentido que en medio de sus aberraciones morales conserva, y que hace que se le lea sin peligro y sin repugnancia aun en pasajes y escenas de aquellos que en un *fabliau* francés mueven á náuseas al estómago más fuerte.

Este mismo arte de adaptación de los proverbios á la lengua literaria fué transportado de los versos del Archipreste á una prosa digna de ellos por el más genial, cáustico é incisivo de los prosistas de la corte de D. Juan II, por el Archipreste de Talavera Alfonso Martínez de Toledo, autor del ingeniosísimo libro conocido con los diversos títulos de *Corbacho*, *Reprobación del amor mundano* y *Libro de los vicios de las malas mujeres y complisiones de los omes*: por el cual se ha dicho ingeniosa y malignamente que «fué tan buen Archipreste en prosa como el de Hita en verso». Yo tengo para mí que uno y otro debieron de ser pésimos Archiprestes, y fueron sin controversia grandes escritores y observadores de costumbres, y los dos únicos que dignamente anuncian y preparan la maravillosa aparición de la *Celestina*, á la cual el de Hita prestó la fábula, y el germen del principal carácter cómico, y el de Talavera la prosa, adulta ya, chispeante y rica de malicias y agudezas.

La influencia del Archipreste ha sido mayor en los grandes monumentos de la prosa castellana que en los poetas, por más que algo de su inspiración satírica reviva en Bartolomé de Torres Naharro y en Cristóbal de Castillejo, y mucho de su alegría epicúrea en Baltasar de Alcázar, cuyos donaires ennoblecieron la taberna. Pero la principal gloria del Archipreste será siempre haber creado un tipo de novela dramática y otro tipo de novela autobiográfica, que, recogido por el autor del *Lazarillo* y levantado por Mateo Alemán, Vicente Espinel y Quevedo á la categoría de verdadera *atalaya de la vida humana*, pasó á Francia con Le-

sage, y á Inglaterra con Fielding y Smollett, sin que su vitalidad se haya agotado todavía.

A todas estas razones debe el Archipreste la representación grande y solitaria que alcanza entre nuestros poetas anteriores al Renacimiento. Tomado en conjunto, ninguno llega á la plenitud de vida y de savia que rebosa en su obra. Ausias March es admirable por la profundidad del sentimiento, pero le falta imaginación y le sobra aparato escolástico: es una poesía que puede reducirse á silogismos. Se admiran relámpagos de altísima inspiración histórica en Juan de Mena: graves sentencias en Fernán Pérez de Guzmán: cosas exquisitas y delicadas en el Marqués de Santillana y en Gómez Manrique: una composición perfecta en su sobrino D. Jorge; pero en todos ellos la llama poética arde intermitente y desigual: sólo en el Archipreste brilla perenne aunque haya sido encendida con menos noble materia que el óleo que unge á los sacerdotes y á los monarcas. Pero á los poetas, *seres leves y alados*, no hay que pedirles tanta cuenta de sus asuntos como de sus versos.

## III.

Un nombre como el del Archipreste de Hita basta para llenar un siglo literario, y bastaría al XIV para su gloria, aunque no compitiesen con él otros dos igualmente esclarecidos, el de D. Juan Manuel en la prosa didáctica y novelesca, el del Canciller Ayala en la prosa histórica. Ni el primero se eclipsa ante Boccaccio, ni el segundo ante Froissart. Uno y otro hicieron versos también, pero los de D. Juan Manuel se han perdido, y los de Ayala, aunque muy interesantes, son en general poco poéticos, y por todo extremo inferiores á sus historias.

Pérdida grande ha sido, sin duda, la del *Libro de Cantares* de D. Juan Manuel, que tuvo en su poder y ofreció publicar Argote de Molina. No perdamos, sin embargo, toda esperanza de verle aparecer algún día. ¿No han sido ignoradas hasta nuestros tiempos la mayor parte de sus obras en prosa, á excepción de *El Conde Lucanor*? Entre tanto, sólo nos es dado formular conjeturas sobre el contenido de ese cancionero que, dada la austera disciplina moral del espíritu de Don Juan Manuel, debía de ofrecer curioso contraste con el del Archipreste de Hita, sin que probablemente dejase de ofrecer ciertas semejanzas en el uso de los ele-

mentos simbólicos, de la parábola y del apólogo. «Serían probablemente versos doctrinales (escribe D. Manuel Milá), según se infiere del carácter de su autor, así como de las tendencias que predominaban en los certámenes poéticos del consistorio tolosano, inaugurados por aquellos días, y que se habían mostrado ya en algunos trovadores del último tiempo, especialmente en Serveri de Gerona, á fines del siglo XIII; pero acaso hubiera también himnos, poemas eróticos, y, lo que fuera más interesante para la historia y lo que del carácter cáustico del autor puede presumirse, algún serventesio político».

Lo que con más seguridad puede creerse, es que la colección de D. Juan Manuel no debía de tener la monotonía métrica del *mester de clerecía*, sino la gran variedad que nos presentan las *moralidades* de los cuentos de *El Conde Lucanor*, en que hay versos de catorce, doce, once, ocho y cuatro sílabas, que ya estudió muy atentamente Argote de Molina en las breves, pero sustanciosas páginas de su *Discurso sobre la poesía castellana* (notabilísimo para su tiempo). Y se ha de advertir que la variedad y la destreza métrica de Don Juan Manuel llegan hasta el punto de haber presentado en los diversos pareados endecasílabos que en su libro se hallan, los tres tipos diversos de terminación: esdrújula, grave y aguda (1). Hay que admitir, pues, que en la parte métrica á lo menos, fué muy aprovechado discípulo de los trovadores gallegos.

Otra de las *moralidades* de *El Conde Lucanor* nos

- (1) Non adventures mucho tu riqueza  
 Por consejo del ome que ha pobreza.  
 .....  
 Ganará de tal salto un ome el cielo  
 Si á Dios obedeciere acá en el suelo  
 .....  
 En el comienzo deve ome mostrar  
 A su mujer como debe passar  
 .....  
 Non castigues al mozo maltrayéndole,  
 Mas dile como vayas aplaziéndole,  
 .....

presenta uno de los más antiguos tipos de redondilla octosilábica, nacida de la combinación de dos alejandrinos intercisos y leoninos:

Si por el vicio et folgura  
 La buena fama perdemos,  
 La vida muy poco dura:  
 Denostados fincaremos.

En este metro está compuesta la obra poética más extensa é importante de la primera mitad del siglo XIV, á excepción de la del Archipreste de Hita. Me refiero al llamado *Poema de Alfonso XI*, y por otros *Crónica Rimada*, que descubrió en Granada por los años de 1573 D. Diego Hurtado de Mendoza, y de la cual publicó ya Argote de Molina en su libro de la *Nobleza de Andalucía* el célebre fragmento que comienza:

El Rey Moro de Granada  
 Más quisiera la su fin;  
 La su seña muy presciada  
 Entrególa á Don Ozmin...

recomendando estos versos (no sin algún encarecimiento) como «lo mejor y más fácil que de poesía se escribió en muchos años en España». Mendoza, con intuición crítica muy segura, le había clasificado entre las *gestas* (1), y es en efecto el último eco del *mester de juglaría*, repetido por un poeta semi-culto, pero salido del pueblo y todavía muy próximo á él.

El manuscrito, que perteneció á Mendoza, pasó con el resto de sus libros á la Biblioteca del Escorial, y allí permaneció olvidado hasta 1864, en que fué muy elegantemente impreso á expensas de la Reina Doña Isabel II, dirigiendo la edición D. Florencio Janer, que hizo lo que pudo en la reproducción paleográfica,

(1) Véase su carta de 1.º de Diciembre de 1573 á Jerónimo de Zurita.

pero sin intentar nada en cuanto á la restauración del texto, lastimosamente estragado en el manuscrito del Escorial, que está escrito como prosa.

Pero sea cual fuere (y grande fué sin duda) la incuria del antiguo amanuense, alguna razón más honda ha de haber para que un poema de edad tan adelantada, y muchas veces tan vigoroso y escrito con tanto nervio, aparezca plagado de rimas falsas, de versos cojos y de toda especie de defectos métricos, que ni es posible admitir que sean licencias (puesto que para encontrar tantas y tales habría que retroceder hasta el *Poema del Cid*), ni se explican tampoco por la transmisión oral ni por el carácter popular del poema, puesto que tal carácter es muy relativo y basta hojear esta crónica rimada para convencerse de que no fué escrita para cantarse, sino para leerse.

Por anómalo que esto parezca, todo induce á sospechar que el *Poema de Alfonso XI* que tenemos hoy fué compuesto primitivamente en gallego, y traducido ó más bien transcrito luego en castellano por un versificador torpe é inhábil que dislocó muchos versos y deshizo muchas rimas. Al Dr. Julio Cornu, ilustre profesor de la Universidad de Praga, se debe esta observación curiosísima. Casi todos los versos excesivamente cortos ó excesivamente largos del poema, casi todas las terminaciones en que falta la rima, resultan exactos y cabales, si se leen en gallego ó en portugués. Véanse algunos ejemplos:

Non ayades que temer  
Estos moros que son pocos:  
Con vusco cuido vencer  
Este dragón de Marruecos.

Non ajades que temer  
Destes mouros que son poucos:  
Comvosco cuido vencer  
Este dragão de Marrocos.

La reyna vuestra fija  
Vos demanda que le dedes  
La vuestra muy real frota,  
Vos gela embiedes.

A rainha vossa filha  
Vos demanda que lhe dedes  
A vossa real flotilha  
E que vos lhe a enviades.

Vos, buen rey, non lo buscastes  
E por vos cobraré corona,  
E pues muy bien comenzastes,  
La cima sea muy buena agora.

Vos, bom rey, nom ó buscastes  
E por vos cobrarei croa,  
E pois mui bem començastes  
A cima seja mui boa.

E el Saturno cumplió  
Su curso, é amanesció,  
El alba luego salió,  
E la luz esclareció.

E o Saturno cumpria  
Seu curso é amanheceu,  
A alva logo saiu  
E á luz esclareceu.

Fallola sobre Algesira  
Con su hueste é su pendon:  
El buen rey quando lo viera  
Alegró el corazon.

Achou-o em Algesira  
Com sua hoste é pendom:  
O bom rei quando ó vira  
Allegrou-se ó coraçom.

La demostración parece convincente, y habrá que decir que el Rodrigo ó Ruy Yáñez, nombrado en la copla 1841, no fué más que un traductor desmañado:

La profesia conté  
E torné en desir llano,  
Yo Ruy Yannes la noté  
En lenguaje castellano.



¿Pero hemos de inferir por eso, como infiere Teófilo Braga, que el original perdido no pudo ser otro que aquel poema de la batalla del Salado, compuesto por Alfonso Giraldes, hidalgo portugués que asistió á ella, y al cual se refieren, transcribiendo algunos fragmentos, Fr. Antonio Brandam en su *Monarchia Lusitana*, Manuel de Faria y Sousa, y otros antiguos historiadores? Creemos que debe responderse negativamente á tal cuestión. El poema de Giraldes y el que lleva el nombre de Ruy Yáñez tenían evidentemente grandes analogías entre sí por el asunto y por el metro, que es en uno y en otro el octosílabo peninsular dispuesto en coplas redondillas, pero no pueden haber sido uno mismo, porque los versos que se citan del poema de Alfonso Giraldes no corresponden á ningún pasaje del *Poema de Alfonso XI*, y aunque sea cierto que éste se halla incompleto al principio y tiene luego otras varias lagunas, también lo es que en lo relativo á la batalla del Salado, asunto del poema de Giraldes, no le falta nada. El hecho era de tal magnitud, que bien pudo inflammar simultaneamente el estro épico de dos poetas diversos, y por otra parte, así como parece muy natural que un portugués cantase la victoria del Salado, en la cual sus compatriotas se cubrieron de gloria combatiendo como auxiliares al lado de Alfonso XI, no parece ya tan verosímil que se pusiera de propósito á escribir en verso toda la crónica del rey de Castilla, y que lo hiciese con amor y veneración de súbdito, como vemos en el *Poema*. Por otra parte, ninguno de los que citan las rimas de Giraldes, dicen que comprendieran más historia que la de la batalla del Salado. Debemos creer, por consiguiente, que el autor del poema no fué portugués sino gallego (lo cual para la lengua importa poco), y que ó él imitó á Alfonso Giraldes ó Alfonso Giraldes le imitó á él, puesto que aparte de otras reminiscencias, hay dos versos casi idénticos:

Todas estas cortesías  
Este Rey mandou fazer...

Todas estas cortesías  
El buen rey hizo fazer...

Otro indicio de procedencia galáico-lusitana parece encontrarse en las alusiones á las profecías de Merlin, que habían penetrado allí con los *lays* bretones, y que, persistiendo misteriosamente en Portugal, acaban por engendrar en el siglo XVI la poesía política de las *trovas* del zapatero Bandarra. Ya la aplicación del profetismo céltico á los sucesos de historia contemporánea es visible en nuestro poema: así, después de narrar el homicidio de D. Juan el Tuerto (ó si se quiere, ejecución con formas abreviadas), prosigue el poeta:

En Toro cumplió su fin  
E derramó la su gente:  
Aquesto dixo Melrrin,  
El profeta de Occidente.  
Dixo: el leon de Espanna  
De sangre fará camino:  
Matará el lobo de la montanna  
Dentro en la fuente del vino.  
Non lo quiso declarar  
Melrrin el de gran ssaber:  
Yo lo quiero apaladinar,  
Commó lo puedan entender.  
El leon de Espanna  
Fué el buen rey ciertamente,  
El lobo de la montanna  
Fué don Iohan el ssu pariente.  
Et el rey quando era ninno  
Mató á don Iohan el Tuerto:  
Toro es la fuente del vino  
A do don Juan fué muerto.

(Cops. 212-216.)

Otra profecía de Merlin anuncia la victoria del Salado:

Merlin fabló d'Espanna  
E dixo esta profecía,  
Estando en la Bretanna  
A un maestro que y avía.  
Don Anton era llamado  
Este maestro que vos digo,

Sabidor é letrado,  
De don Merlin mucho amigo.  
Este maestro sabidor  
Así le fué preguntar:  
Don Merlin, por el mi amor,  
Sépadese declarar  
La profecía de Espanna,  
Que yo querría saber  
Por vos alguna fasanna  
De lo que se ha de faser...

(Cops. 1.808 y 55.)

Y sigue la profecía del *león coronado* (el rey de Castilla), el *león durmiente* (el rey de Portugal), el *bravo puercospín* (el rey de Marruecos, y el *dragón de la grand fromera* ó alhóndiga (el rey de Granada).

Ni son estos los únicos trozos del poema en que se sorprenden vestigios de influencia bretona. Así, por ejemplo, en el muy agradable y risueño cuadro de las fiestas hechas en Burgos cuando Alfonso XI se armó caballero, se ve aparecer en la enumeración de instrumentos músicos al lado de muchos que conocemos ya por el Archipreste de Hita, *la farpa de D. Tristán*:

Unos andaban dançando  
Desde el fondo fasta encima,  
E los otros befordando,  
E otros jogando de esgrima.  
Tomavan escudo é lança,  
La gineta y van folgando,  
Ricas duennas fasian dança  
A muy grand plaser cantando.

.....  
Estas palabras desían  
Donsellas en sus cantares:  
Los estormentos tannian  
Por las Huelgas los jogreres.  
El laud ivan tanniendo,  
Estormento falaguero,  
La vihuela tanniendo,  
El rabé con el salterio.

La guitarra serranista,  
Estormento con rasson,  
La exabeba morisca,  
Allá en medio canon.

La gaita que es sutil  
Con que todos plaser han,  
Otros estormentos mil,  
Con *la farpa de Don Tristán*,  
Que da los puntos doblados,  
Con que falaga el loçano,  
E todos los enamorados  
En el tiempo del verano.  
Allí quando vienen las flores  
E los árboles dan fruto:  
Los leales amadores  
Este tiempo precian mucho.  
Assy como el mes do mayo  
Quando el ruy-sennor canta,  
Rresponde el papagayo  
De la muy fermosa planta,  
La calandra de otra parte  
Del muy famoso rosal,  
El tordo que departe  
El amor que mucho val.

(Cops. 399-414.)

El carácter puramente narrativo del *Poema de Alfonso XI* le excluye del cuadro de nuestra poesía lírica. Su exactitud histórica es tal, que un ilustre erudito montañés, D. Angel de los Ríos y Ríos, ha podido sostener con ingeniosas razones, que el autor de esta crónica rimada no pudo ser otro que el mismo autor de la Crónica en prosa de aquel monarca. Pero como también hay algunos puntos en que ambos relatos difieren, como ya advirtió D. Diego de Mendoza, parece más natural creer que el compilador de la Crónica tuvo presente el poema, y le siguió fielmente en muchas partes, como antes lo había hecho Alfonso el Sabio con los antiguos *cantares de gesta*, que entraron hechos prosa en el tejido de la *Crónica general*.

Pero no se ha de creer que esta nimia fidelidad de detalle haga prosaica ni desmayada la narración del Poema. A no ser por la funesta casualidad que nos ha privado del texto genuino, dejándonos sólo una transcripción llena de versos que no constan, ningún canto épico de nuestra Edad Media leeríamos con tanto gus-